

carentes de consistencia. Sin embargo, las recién nacidas repúblicas hispanoamericanas sintieron durante mucho tiempo un temor real ante un posible intento por parte de España de reconstruir su imperio ultramarino. A ello contribuyó en no poca medida la actitud que España adoptó frente a ellas. Baste recordar que España, al contrario de lo que hizo Gran Bretaña con sus trece colonias de la parte Norte de América, tardó mucho tiempo en reconocer como irreversible el hecho de la emancipación de sus antiguos dominios, consolidado tras la batalla de Ayacucho en 1824. En realidad, mientras vivió Fernando VII, no se reconoció la independencia a ningún país hispanoamericano. México fue el primer país al que España se la reconoció, por el Tratado de Paz y Amistad de diciembre de 1836. En la década de los cuarenta se firmaron acuerdos con Ecuador, Chile y Venezuela; en la de los cincuenta con la República Dominicana, Argentina, Guatemala, Bolivia y El Salvador; y hasta el último cuarto de siglo no se firmaron o ratificaron tratados con Perú, Paraguay, Colombia, Uruguay y Honduras. A esto hay que añadir los esfuerzos diplomáticos desplegados por Fernando VII para conseguir la intervención en favor de España de las potencias europeas en las guerras de independencia hispanoamericanas y en sus proyectos de reconquista, que tropezaron, entre otros muchos obstáculos con la actitud de Gran Bretaña y con la de Estados Unidos, tan meridianamente expuesta en la llamada «doctrina Monroe». Las gestiones de Fernando VII impidieron durante algún tiempo que las potencias europeas, salvo Gran Bretaña, reconociesen a los nuevos países. Y cuando Inglaterra —según venía anunciando— reconoció el 11 de enero de 1825, la independencia de los nuevos Estados hispanoamericanos, la reacción española fue inmediata y tajante. El Secretario de Estado, Cea Bermúdez, dirigió una nota al encargado de negocios de Gran Bretaña en Madrid, en la que se decía: «El rey no consentirá jamás en reconocer los nuevos Estados de la América española, y no dejará de emplear la fuerza de las armas contra sus súbditos rebeldes en aquella parte del mundo. Su Majestad Católica protesta del modo más solemne contra las medidas anunciadas por el Gobierno británico, como atentatorias a las convenciones existentes y a los imprescriptibles derechos del trono español». Y que esto no eran meras palabras lo demuestra la serie de intervenciones militares españolas, sin posible éxito, en tierras americanas, tras su independencia (bombardeo de Veracruz en 1823, desembarco de tropas españolas, bajo el mando de Arizabalo en la Guaira —Venezuela—; desembarco en México de un cuerpo expedicionario, mandado por el brigadier Barradas, en 1829; reincorporación a España de la República Dominicana entre 1861 y 1865; bombardeo del puerto de El Callao, en Perú en 1866); así como las intervenciones en la política interna de algunos de esos países, encaminadas al establecimiento de monarquías

en las personas de príncipes de la familia real española. Hoy, repito, estos intentos parecen anacrónicos e ineluctablemente abocados al fracaso; pero en su momento inspiraron serios temores a los nuevos estados. Los levantamientos, a partir de 1868, de Cuba y Puerto Rico no hicieron sino echar leña a la llama de los recelos y sentimientos antiespañoles.

Por otra parte, como es bien sabido, los pueblos recién nacidos a la independencia, y los hispanoamericanos no fueron una excepción, son extremadamente sensibles a todo lo que pueda aparecer como una relación de dependencia de su antigua metrópoli. Por ello es comprensible que los hispanoamericanos sintieran cierta reluctancia a utilizar para englobarlos una denominación que hacía referencia a la que había sido su potencia dominadora y que además seguía apareciéndoseles como un peligro.

Evidentemente el calificativo español o hispano no se agota en lo político y debe de aplicarse a todo lo que de una manera u otra (lengua, costumbres, cultura, arte...) procede de España. Pero en el siglo pasado, por la fuerza de las cosas, el atribuirlo a una parte de América, quiérase o no, llevaba consigo una connotación política de subordinación. Sin embargo, el vocablo que finalmente adoptarían estos pueblos, como propio y distintivo de su comunidad, Latinoamérica o América Latina, no nacería de una decisión interna y consciente de ellos mismos, sino que una vez más les vendría dictado desde fuera, desde Europa. Más concretamente desde París. Y ello, como veremos más adelante, con independencia de donde y quién lo haya utilizado por primera vez, ya que en París fue donde adquirió carta de naturaleza.

El Profesor Phelan en un trabajo al que ya nos hemos referido estudió el origen de la idea de Latinoamérica. Según él, nace esta idea en la década de los sesenta del siglo pasado, en el París del Segundo Imperio, englobada dentro de la más amplia del panlatinismo.

Cuando en 1852 Napoleón III logra restablecer para sí y con carácter hereditario la dignidad imperial, empieza a soñar con emular las glorias de su tío. Por un momento y tras la Paz de París de 1856, que pone fin a la guerra de Crimea y tras su triunfal intervención en Italia, frente a Austria, Francia aparece como la gran nación latina y católica capaz de frenar los expansionismos eslavos y germánicos. Eran los tiempos del pangermanismo, del panamericanismo, del paneslavismo.

Francia, por otra parte, alcanza en los años sesenta, bajo Napoleón III, la cumbre de su desarrollo económico. Tras Gran Bretaña, era la segunda potencia económica mundial; pero su tasa de crecimiento era superior a la inglesa. Después de la derrota de Sedán, frente a los prusianos en 1870, rápidamente sería superada por Alemania y Estados Unidos, pero entonces no podía sospecharse que eso fuera a ocurrir.

No es, por consiguiente, de extrañar que en esas circunstancias surgiese en París la idea de crear un movimiento panlatino del que sería alma y cabeza Francia. El principal teórico de este movimiento fue Michel Chevalier (1806-1879), economista que había viajado por Estados Unidos, México y Cuba y que pertenecía al grupo de consejeros que componían lo que hoy llamaríamos el «trust de cerebros» del Emperador. El panlatinismo tenía como sustentos teóricos las ideas de raza y lenguas latinas y de religión católica; y como encubierto objetivo pragmático favorecer la expansión política, económica y cultural francesa. Frente a los expansionismos anglosajones y eslavos, Francia debería encabezar un movimiento latino que les sirviese de dique. Esta vaga doctrina panlatina informaría la política exterior del Segundo Imperio: intervención en Italia favoreciendo su unidad, ya que una vez conseguida ésta nacería con ella una nueva entidad latina; apoyo a Rumanía, como contención al eslavismo y finalmente intervención en México... Porque también en América la expansión del mundo sajón amenazaba al latino. Y también, por supuesto, sería Francia la llamada en el Nuevo Mundo a encabezar la defensa de los valores de la latinidad. «Francia —escribía Chevalier— es la depositaria de los destinos de todas las naciones del grupo latino en los dos continentes». Y refiriéndose más concretamente a la misión de Francia en América añadía: «Francia me parece llamada a ejercer un benévolo y fecundo patronato sobre los pueblos de América del Sur, que no están todavía en condiciones de bastarse a sí mismos».

Entrados en la segunda mitad del siglo XIX era ya un hecho incontrovertible, admitido por la Francia de Napoleón III, el poderío creciente de los Estados Unidos y la sombra entre tutelar y dominadora que ejercía sobre el resto del continente; pero lo que en París se negaban a aceptar era que el incipiente gigante norteamericano monopolizase el disfrute de las riquezas de ese continente. La frontera entre los dos mundos —el anglosajón y protestante y el latino y católico— en América estaba justamente situada en México. Este país constituía, por lo tanto, el bastión natural para defender la latinidad y contener la expansión anglosajona en el Nuevo Mundo. En esta coyuntura una serie de circunstancias vinieron a favorecer, en los primeros años de la década de los sesenta del siglo pasado, los designios franceses. Por una parte México, tras la independencia, vivía una situación de desorden, agravada por la bancarrota económica. En el orden exterior había sufrido la agresión norteamericana que le había privado en 1848 de más de la mitad de su territorio (dos millones cuatrocientos mil kilómetros cuadrados de superficie). Todo ello hizo que en el país brotase una corriente en favor de la instauración de un régimen monárquico en la persona de un príncipe europeo que fuese capaz de restablecer el orden interno y de

brindarle protección externa. Como colofón, Estados Unidos, sumido en la guerra de secesión, se encontraba con las manos atadas e imposibilitado de emprender cualquier acción exterior.

No es el momento de entrar en los detalles de la intervención de las potencias europeas (Francia, Inglaterra y España) en México, con motivo de la suspensión del pago de su deuda pública. Bástenos subrayar que pronto España e Inglaterra reembarcaron sus cuerpos expedicionarios, mientras que Francia, que perseguía objetivos que trascendían al del cobro de la deuda, prosiguió con el suyo hasta terminar imponiendo al archiduque Maximiliano como Emperador. El panlatinismo alcanzaba con ello el período de su mayor exaltación.

En las instrucciones que se envían al general Forey, comandante en jefe de las fuerzas expedicionarias francesas, se especifican los fines que se perseguían:

- No dejar que Estados Unidos se convierta en el amo del golfo de México, para de ahí dominar las Antillas y Sudamérica y convertirse en el único administrador de las riquezas del Nuevo Mundo.

- Establecer un gobierno estable en México, con lo que «nosotros habremos restituido a la raza latina del otro lado del Atlántico tanto su poder, como su prestigio».

- Asegurar nuestras posesiones en las Antillas, así como las de España.

- Crear mercados para los productos franceses en América.

- Asegurarse el apoyo de un México regenerado no sólo por gratitud, sino porque sus intereses coincidirán con los nuestros.

En definitiva y, como afirmaba Chevalier en la obra que dedicó a estudiar la cuestión mexicana, Francia intervenía en México para salvar la latinidad y para defender sus propios intereses.

No pasaron inadvertidas estas aspiraciones francesas a algunos espíritus hispanoamericanos. El mexicano Fernando del Paso en su libro *Noticias del Imperio* escribe:

A propósito de "latinidad", me permitiré aquí un paréntesis. Sabrás que las Tullerías están llenas de sueños de grandeza —Eugenia [se refiere a la emperatriz Eugenia] se cree otra Isabel la Católica—, y Luis Napoleón habla abiertamente de las repúblicas americanas que podrán ser transformadas en monarquías, aparte de las que, según él, ya tienen inclinaciones, como Guatemala, Ecuador y Paraguay. Pero a todas esas repúblicas ya no las llama "hispanoamericanas", y mucho menos "ibero" o "indo" americanas, porque ha surgido un nuevo término al parecer inventado por Michel Chevalier mucho más conveniente para los propósitos de Francia: México, Colombia, Argentina son ahora naciones "latinoamericanas". Claro, malamente podría Luis Napoleón autoproclamarse abanderado de la "hispanoamericanidad", ¿no es cierto? Pero al cambiar lo "hispano" por lo "latino" se soluciona el problema y de paso se abarca a todas las colonias francesas del Caribe, presentes y futuras.